

RICARDO LEVENE

AVELLANEDA
Y EL CICLO HISTORICO DE LAS PRIMERAS
PRESIDENCIAS DESPUES DE CASEROS

(DISCURSO LEÍDO EN EL ACTO DE INAUGURACIÓN DE LA SALA
«NICOLÁS AVELLANEDA» DEL MUSEO HISTÓRICO SARMIENTO
EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1938)

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1938

RICARDO LEVENE

AVELLANEDA
Y EL CICLO HISTORICO DE LAS PRIMERAS
PRESIDENCIAS DESPUES DE CASEROS

(DISCURSO LEÍDO EN EL ACTO DE INAUGURACIÓN DE LA SALA
«NICOLÁS AVELLANEDA» DEL MUSEO HISTÓRICO SARMIENTO
EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1938)

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1938

Avellaneda y el ciclo histórico de las primeras Presidencias después de Caseros *

Acontecimientos de significación cultural son las leyes últimamente dictadas, declarando monumento nacional la Casa del Congreso de Belgrano y fundando en ella el Museo Histórico Sarmiento.

La nueva institución, el Museo Histórico Sarmiento, que es además Archivo y Biblioteca especializados, desde ahora bajo la ilustrada dirección del señor Ismael Bucich Escobar, se dedicará al permanente estudio del gran civilizador, hombres vinculados a ese momento histórico y a la generación del 80.

Esta casa histórica, reconocida como monumento nacional, a iniciativa del diputado Juan F. Cafferata, vió congregarse a los miembros del Congreso Nacional, en momentos dramáticos de la pasión localista y de la guerra civil, dictándose la ley que declaraba a la ciudad de Buenos Aires, capital federal de la

* Discurso leído en el acto de la inauguración de la sala «Nicolás Avellaneda» del Museo Histórico Sarmiento, el 26 de noviembre de 1938, por el doctor Ricardo Levene.

República. Se clausuraba de este modo un complicado proceso de rivalidades enconadas entre porteños y provincianos y se daba comienzo a la etapa histórica que transformó a Buenos Aires, al dejar de ser capital de su provincia para serlo de la Nación Argentina, en una ciudad ecuménica, foco encendido de la cultura y de la paz contemporáneas.

Se trata de un hecho de primera magnitud al que está asociado la legítima gloria del presidente Nicolás Avellaneda, como el Congreso del 25 de mayo de 1862 reunido por Mitre en Buenos Aires, congregó los diputados de todos los pueblos representando las Provincias Unidas, como el Congreso de Santa Fe, reunido por Urquiza en 1853, dictó a su inspiración la Constitución que nos rige. Triunfante por las armas en la guerra civil, Avellaneda buscó en la verdad y en la justicia históricas, por la ley, la solución al último de los grandes problemas de la unidad, «a fin de que la Nación tome plena posesión de su existencia y de sus destinos», como dijo animado de don profético.

La fundación de Buenos Aires, por Pedro de Mendoza, hace cuatro siglos, sintiendo en su seno la incubación del porvenir; la Revolución de Mayo, extendida en América por la ciudad que triunfa sobre todos los obstáculos, como dijo sentenciosamente Mariano Moreno; las prescripciones constitucionales de 1819, 1826, 1853, todo alentaba al Presidente Avellaneda a hacer la rotunda afirmación en el Mensaje histórico de que: «La Capital en Buenos Aires es el voto nacional, porque es la voz misma de la tradición y se lo escucha claramente cuando los grandes dolores o los peligros supremos han hecho acallar pasiones subalternas o intereses del momento».

Así concluyeron por reconocerlo aún los publicistas que lo habían combatido o simplemente habían dudado, como Alberdi en «La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por Capital» y Sarmiento según las páginas de un libro en parte conocido, que se encuentra en este Museo, como informé en el acto inaugural, y cuyo título es *La cuestión*

Capital: Buenos Aires ha sido, es y será la Capital de la República Argentina.

Intuiciones y grandes visiones, rasgos de la mentalidad de Nicolás Avellaneda.

Esta sección de Belgrano, ha asistido con simpatía a la inauguración del Museo Histórico Sarmiento, en la casa que llaman con razón «nuestro monumento nacional», y se sabe que a los títulos históricos que distinguen a su vecindario y a la belleza del lugar, se suman los de su representación cultural y comercial.

Estas conferencias están auspiciadas precisamente, por un círculo de vecinos de Belgrano y al acto de hoy, en el que disertará el investigador con autoridad científica, doctor Emilio Ravignani, director del Instituto de investigaciones históricas, seguirán las conferencias de los prestigiosos escritores, doctores Ernesto H. Celesia, José P. Tamborini, Angel Acuña y Juan Carlos Durán.

Es que un museo histórico moderno no es depósito inerte de objetos que pertenecieron a héroes del pasado. En primer término, la presentación y ordenación del material debe responder a un criterio orgánico y social, diré así, distinguiendo épocas o generaciones, desplegado en todos sus aspectos, político, económico, militar, cultural, religioso y el homenaje no se puede tributar, cuando se trata de un hombre, sino conforme a una valoración impersonal. La verdadera historia forma parte del sentimiento y el saber contemporáneo y los museos deben ser su exposición ilustrada y vivida.

Nuestro pueblo ama la historia argentina, se interesa y se apasiona por ella. Interviene en las celebraciones de los grandes aniversarios, recuerda y trasmite las tradiciones y anécdotas, como acaba de hacerse la comprobación experimental, halagadora al sentimiento nacional, con la conmemoración en las

provincias, en la capital y en América, del cincuentenario de de la muerte de Sarmiento.

El historiador profesional se exponía al error de construir su obra con carácter técnico exclusivamente, de donde resultaba una historia esotérica y sin alma, exigencia transitoria, impuesta por la naturaleza absorbente de la tarea de los archivos, pues hoy la gran mayoría de ellos son valores que difunden y enseñan la historia patria.

Las conferencias históricas en los museos, con el concurso de los círculos vecinales, aspiran a la realización cada vez más adecuada de esos fines de elevación de la cultura y su modernización en el pueblo, entre cuyos medios esperamos utilizar en una próxima oportunidad la técnica y progresos de la cinematografía.

La Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos ha resuelto inaugurar en este acto que presiden el señor ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Jorge Eduardo Coll y el señor ministro del Interior doctor Diógenes Taboada, la sala «Presidente Nicolás Avellaneda» con los muebles donados por sus hijos, actitud generosa y desprendimiento moral que me complazco en hacerlo público nuevamente con la expresión de nuestro profundo agradecimiento.

Se exhiben en la nueva sala, muebles y objetos de arte del presidente Avellaneda. Son muebles de ébano con incrustaciones de marfil, reveladores de su distinción artística; las vidas ejemplares que fueron sus nobles modelos, bustos de Demóstenes y Cicerón, príncipes de la oratoria, estatuas de Cervantes y de Washington, el genio literario y el genio de la moral política y cuadros y bustos de figuras argentinas, como el de San Martín, obsequiado por su hija Mercedes al presidente Avellaneda, en testimonio de gratitud por la iniciativa y la campaña de sentido moral y patriótico desplegada para la repatriación de los restos del Libertador; el de Adolfo Alsina, por su significación política y el busto de Marco M. Avellaneda, su padre, héroe y mártir,

el que redactó en el año terrible de 1840 el audaz decreto desconociendo a Rosas como dictador por ser «un escándalo a los ojos de Sudamérica y del mundo», inmolado por Oribe y de quien el hijo expresó que poseía «el doble don del corazón conmovido y de la palabra que trasmite sus palpitaciones». Estos muebles y objetos del escritorio del presidente Avellaneda han agregado a su valor originario el de la continuada tradición intelectual y social en la tertulia del inolvidable Marquito Avellaneda.

Han sido donados además, el gran piano, expresión acabada del arte y técnica de su tiempo y muebles del salón de Carmen Nóbrega de Avellaneda, cuyos recuerdos ha evocado magistralmente, con sentimiento y colorido, el doctor Antonio Dellepiane, en su estudio *La compañera de un estadista*.

Señores:

Avellaneda encarna el orador magnífico, que labra la frase y enciende el corazón, pero es siempre el hombre de Estado que ha hecho del discurso por su fondo y forma, un instrumento activo y fervoroso del gobierno.

La belleza de su palabra es íntima, resplandor proyectado por la idea que ahonda, pone en claro e infunde vida.

Cuando era incierto el futuro, por la forma de gobierno, teoría aun sin vida en la conciencia popular; por la inmensidad despoblada y la anarquía y la ignorancia imperantes, Avellaneda ha mirado lejos con fe en el porvenir de la patria y mientras abarcaba la extensión del panorama ponía todo su esfuerzo en realizar de inmediato la parte del bienestar colectivo que le correspondía a este orador, que era un hombre de acción y un espíritu ejecutivo.

La vocación de Avellaneda para la tarea fecunda se puso en evidencia en todas las ocasiones. Sobresale entre otras, en la larga historia de la Conquista del Desierto. En apuntes que ha dejado, escribió estas líneas serenas que lo explican todo y

exhiben la intimidad de sus móviles psicológicos y la armonía de su ser: «La idea o el plan de llevar la frontera al Río Negro no es nueva. Perfectamente. Mi mensaje refiere que se pensó en ésta desde el siglo pasado y que desde entonces el proyecto ha tenido grandes defensores... Así, todo esto es viejo, bien viejo. Pero hay una cosa nueva, muy nueva, aunque protesten todos los celos personales. Hay una cosa muy grande aunque se alarme todo lo pequeño. Lo nuevo y lo grande es realizar el pensamiento y éste será realizado.» Como se sabe el plan concebido se llevó a cabo en todas sus partes, dominando los obstáculos.

Avellaneda tenía el culto por la grandeza del país, pero no le deslumbró el volumen y exterioridad de la civilización material creados por el hombre económico, sino el orden moral, la lucha del espíritu por la justicia, la libertad, el bien, la virtud, la paz. Henchida el alma de emociones, en su vida por el interior del país y en el destierro, se inició en la acción pública de Buenos Aires como periodista y legislador y escribió un libro a los veintiocho años, *Estudios sobre las leyes de tierras*, que lo presenta como pensador de la historia social argentina. Descubre su penetrante sentido comprensivo y crítico a la vez, al someter a examen hechos y personas, pero principalmente al estudiar las instituciones relacionadas con la economía pública y el carácter nacional. No se ha destacado suficientemente la contribución que importa este libro, exponiendo al desnudo la enfiteusis de Rivadavia, el proceso de su crisis y la necesidad del sistema de la propiedad privada.

Avellaneda enseña la lección permanente, de la desproporción entre la humilde realidad y el ideal lejano, impresionada bárbaramente su inteligencia y habiendo sentido en carne propia el dolor de la vida. Libro y obra de gobierno al mismo tiempo, que aparta a Nicolás Avellaneda, como distanciaron a Mitre y a Sarmiento que actuaron en el gobierno, de algunas concepciones abstractas de ideólogos de la Asociación de Mayo, como

Echeverría y Alberdi, situándolo en la corriente del realismo argentino, pues en sus páginas subyacen vivas sus aspiraciones románticas, pero sin divorciarse de la experiencia histórica.

Como ministro del gobernador Valentín Alsina, su labor inspiró en 1867 este juicio rotundo de Sarmiento: «Con hombres como Vd. estamos en vísperas de empezar una nueva época en las ideas de gobierno y en los medios de llevarla a cabo.»

La nueva época se había iniciado en Caseros, aunque se puede distinguir un momento característico con la presidencia de Sarmiento, siendo ministro Avellaneda y la presidencia de Avellaneda hasta 1880.

«Sólo necesito decir una palabra — expresó con razón Avellaneda al entregar la presidencia a Roca — y pido permiso para pronunciarla en su presencia: los tiempos han sido tormentosos.»

El momento de Sarmiento y Avellaneda, empero, continuaba y terminaba la solución de los últimos problemas de la nueva época iniciada en 1852.

La interpretación abarca en síntesis superior, las cuatro primeras presidencias de ese momento histórico decisivo de grandes presidencias para bien del país y honor de los argentinos de todos los tiempos.

Las presidencias de Urquiza y Mitre forjaron un nuevo derecho público americano, por la alianza con el Brasil y Uruguay, realizan la obra institucional, dictándose la Constitución y fundando la unión nacional sobre las bases materiales del patrimonio territorial y las morales de la solidaridad y pacificación contra la siembra del odio, pues Urquiza proclamó que no había vencedores ni vencidos aplacando ese odio, «la pasión degradante y abominable en sí misma» como escribió Avellaneda en 1860.

Las presidencias de Sarmiento y Avellaneda consolidan ese orden institucional y la unión de las provincias y la capital, continúan en la política de conciliación y avanzan en los trabajos para delimitar el patrimonio en las relaciones exteriores,

en la conquista interior, y en la lucha contra el caudillaje.

Pero no penetraríamos en el conocimiento integral de ese ciclo histórico como bloque granítico, si no nos refiriéramos, aparte lo dicho desde el punto de vista político y espiritual, al punto de mira educacional.

A la luz de nuevos documentos, Caseros significa una gran batalla ideológica contra la tiranía. El general victorioso es el mismo que al mes y diez días de caído Rosas, propone a Buenos Aires, la creación del Ministerio de Instrucción Pública a la manera de las naciones adelantadas de Europa considerando que había llegado el momento de establecer dicho Ministerio entre nosotros por los grandes resultados que produciría, «tanto más cuanto que en el total desquicio de las instituciones que nos ha legado el funesto gobierno de Rosas — dice Urquiza — el ramo de la instrucción pública ha sido el más abandonado y el que más urgentemente reclama una completa reparación en la provincia de Buenos Aires.»

El contenido de esta política educacional es un movimiento de ideas que recorre la República, y su sentido es el retorno a la Revolución de Mayo, aplicada por los presidentes en seguida de Caseros, para quienes la lucha por la educación del pueblo fué el medio de asegurar los beneficios de la libertad y el bienestar social. Urquiza en la labor de la Confederación y en Buenos Aires al auspiciar y obtener la creación, aunque transitoria al principio, del ministerio de Instrucción Pública, Mitre fundando los colegios nacionales diseminados como su nombre lo imponía en toda la Nación y modernizando sus enseñanzas para elevar el nivel colectivo; Sarmiento, que restauró las escuelas primarias, erigió las escuelas normales, formadoras del maestro, y llamó a sabios y educadores extranjeros; y Avellaneda, en fin, que representa la coronación de lo que ha constituido un ciclo en el florecimiento del espíritu argentino, vivero

y escuela de hombres públicos eminentes que sobresalieron después.

La documentación oficial, como se sabe, está obligada a reserva por razones políticas, pero la verdadera razón aparece por momentos en cartas privadas, como en una de Sarmiento a Mrs. Mann, de noviembre de 1872, en la que le confiesa el móvil que le decidió por la candidatura presidencial de Avellaneda, diciéndole: «Avellaneda tendrá mayoría decidida en muchas provincias del interior. Mis simpatías estarían por éste, por ser uno de mis ministros, un amigo íntimo, y más que todo, por que ha secundado poderosamente mis esfuerzos para difundir y mejorar la educación.»

Avellaneda tomó altura abarcando la extensión y ramificaciones del problema. Con su grandeza de alma sintió la significación de la instrucción primaria considerando que inaugurar una escuela era «el acto más solemne por que importa ponerse como nunca en presencia del porvenir». Acerca del valor de la educación popular proclamaba este concepto filosófico: «¿Cuál necesidad puede presentarse más legítima, y más grande que la necesidad de desenvolver la aptitud moral e intelectual del pueblo? Esta cuestión refunde en sí todas las cuestiones, abarca la vida universal y principia por ser humano, social y democrático».

Pero la educación del pueblo está destinada a vegetar si no la impulsan los progresos renovados de las ciencias, las artes y las letras por los órganos autorizados de sus universidades, academias e institutos. De ahí la trascendencia de la concepción universitaria concretada en la Ley Avellaneda, una de las grandes leyes orgánicas de nuestra historia, en la que están sintetizadas las bases de la Universidad argentina, que hasta ese momento era una estructura administrativa, asegurándole en adelante su autonomía política y la jerarquía de institución docente, científica y cultural. Abierta a las nuevas corrientes de ideas, esa ley breve y flexible tiene las cualidades

que adornan a su autor: la eficacia y la vitalidad moral.

Con el tiempo podrá ser una de las notables Secciones de este Museo Histórico Sarmiento, el de la historia de la enseñanza argentina con sus elementos demostrativos.

Señores:

El pensamiento de Avellaneda se proyecta hacia nosotros y renace y vive actualmente por haberse desplegado en la ruta trazada por los fundadores de la nacionalidad. En el fragmento *Sobre el Congreso de Tucumán*, dijo que la historia argentina no había sido aún escrita y ensayó sus originales contribuciones en los diseños sobre San Martín, Moreno, Belgrano, Rivadavia, Urquiza, Mitre, Sarmiento, Vélez Sarsfield, para no citar sino los principales, buscando en la penumbra de los orígenes y en el cruce de los caminos la corriente central y la dirección preeminente de nuestra historia.

A poco más de medio siglo de su desaparición, la justicia histórica coloca a Avellaneda en pedestal altísimo, coronando su imagen el halo de la inmortalidad.

La conciencia de los pueblos, cada vez más ennoblecida e ilustrada, profesa a los grandes hombres, el deber de gratitud y cumple la superior misión de consecuencia, es decir, de continuidad y superación histórica.

En nombre del Gobierno de la Nación y de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos, declaro inaugurada la sala «Presidente Nicolás Avellaneda» del Museo Sarmiento, en la Casa del Congreso de Belgrano, para ejemplo y respeto de las nuevas generaciones.

He dicho.